

## LA SOCIOLOGIA Y LA SOCIALIZACION EN LA SOCIEDAD CONTEMPORANEA

Por BARRY B. LEVINE\*

Los padres de la clase media les enseñan a sus hijos que la sociedad es democrática y amigable. Sin embargo, cuando estos mismos padres actúan, o cuando les dicen a sus hijos cómo deben actuar, lo hacen como si la sociedad no fuera en realidad tan democrática o tan amigable. Entonces la sociedad es algo duro, hay que empujar para poder actuar en ella; hay que calcular cuidadosamente lo que uno tiene que hacer.

Sus hijos, por otro lado, cada día se muestran más renuentes a aceptar la concepción democrática de la sociedad. La ven más bien como algo poderoso, como algo grande y exigente, como algo que es sumamente antidemocrático y coercitivo. Sin embargo, cuando luchan contra la sociedad y se enfrentan a las consecuencias (es decir, cuando la sociedad reacciona) se quejan de la falta de democracia y de la traición de los derechos del individuo. Sus quejas, por supuesto, ignoran el hecho de que sus concepciones originales habían previsto las consecuencias que sus actos iban a traer.

Estas discrepancias entre pensamiento y acción, entre lo que uno cree sobre la sociedad y como uno actúa en la sociedad son típicas de la mayoría de la gente. Los sociólogos y los estudiantes de la sociología no son excepción.

Hay dos maneras principales para explicar sociológicamente cómo la gente se toma en cuenta uno al otro en la sociedad. Estas explicaciones se basan: 1) en el individuo, o 2) en el grupo.

Por ejemplo, los sociólogos pueden seguir a Hobbes y ver a los hombres en sociedad como lobos que buscan aprovecharse el uno del

---

\* Catedrático Auxiliar, Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Estudios Generales, U.P.R., Editor de la Revista, *Caribbean Review*.

otro, cada uno operando para su propio interés, interesado en sus propios problemas.

O pueden seguir a Aristóteles y ver al hombre como miembro de una comunidad. Los antiguos que adoptaban esta perspectiva veían al hombre trabajando para el bien de la comunidad. Los modernos cambian esta visión. Para ellos, es más bien la presión que ejerce la comunidad y el entrenamiento que ésta le da a sus miembros, lo que determina lo que los hombres hacen. Tanto una versión como la otra, sin embargo, ve al hombre actuando según las normas de la cultura en beneficio de la sociedad.

Hasta hace poco, la sociología estaba sumamente predisuelta hacia esta última visión. Los sociólogos enseñaban que lo que el hombre hacía estaba determinado por su sociedad y su cultura. Pero al mismo tiempo que enseñaban esto, ellos y sus discípulos actuaban de otras formas, la sociología se convirtió en una manera de maximizar el propio interés, ofreciéndoles prestigio y riqueza.

Recientemente, la vanguardia de la disciplina sociológica ha rechazado las explicaciones de las actividades del hombre que se orientan hacia la comunidad. En su lugar, han redescubierto que los hombres son listos, que actúan no para la sociedad sino para sí mismos, orientándose hacia sus propios intereses, sus propias necesidades, y sus propios deseos.

Pero surge de nuevo una discrepancia entre pensamiento y acción. En correlación con este incremento en la conciencia del propio interés, surge una baja en el punto de ebullición de la moral cuando la indignación explota. En otras palabras, al mismo tiempo que la sociología empieza a reconocer que el altruismo no es lo corriente, que la gente es egoísta, los sociólogos y sus discípulos comienzan a actuar en una forma que *no* parece estar orientada hacia su propio interés.

Este cambio de pensamiento y de acción es característico de los movimientos estudiantiles en Europa, en los Estados Unidos y en Puerto Rico. No es un mero accidente que los líderes de estos movimientos sean frecuentemente estudiantes y prácticos de las ciencias sociales. Sin embargo, esta revolución en pensamiento y acción parece haberse extendido más allá de las ciencias sociales y abarca casi todas las esferas de la vanguardia estudiantil.

Tomar conciencia de la hipocresía y correr riesgos al costo del propio interés es algo que ha ocurrido en todos los pueblos, en todos los tiempos, y lo han hecho gente de toda edad. Sin embargo, en la década del setenta me parece que esto se hará más común entre los jóvenes de la clase media urbana, más común de lo que jamás se

haya imaginado. Serán estos jóvenes los principales motores del cambio social en los años del setenta más importantes que las fuerzas de la innovación tecnológica. Me gustaría explorar algunas de las causas para la aparición de este fenómeno. No entraré aquí a explicar el problema de la polarización política, característico de las administraciones de Johnson y Nixon en los Estados Unidos y de la administración de Ferré en Puerto Rico, cosa que no es tan notable en Europa; pero discutiré el problema de crecer, de hacerse hombre, como se dice, en una sociedad post-burguesa.

Antes de proseguir quiero estar seguro de que ustedes entienden lo que quiero decir cuando hablo de la acción que aparentemente no se orienta hacia el propio interés. Ejemplos de personas que están dispuestas a arriesgar mucho pueden incluir:

- al joven que se deja el pelo largo "a pesar de" o "porque" va a recibir un castigo por eso;
- al subordinado que critica a su superior "a pesar de" o "porque" va a perder su trabajo;
- al radical que se enfrenta a la policía "a pesar de" o "porque" va a salir lesionado;
- al político que asume una posición extremista "a pesar de" o "porque" va a afectar las oportunidades que tiene su partido de subir al poder;

Hay que tratar de explicar por qué se puede esperar que este tipo de acción por parte del estudiante rebelde pueda darse con tanta frecuencia.

En casi todas las sociedades modernas los niños que están en el proceso de crecimiento pasan por dos períodos de aprendizaje. Podemos llamar a la primera etapa "socialización". Aquí, al niño se le enseña lo que oficialmente la sociedad considera bueno, justo y correcto. Aquí aprende a no mentir, a ser religioso, a actuar justamente, a tratar a los otros como iguales, a amar a la humanidad.

Podemos denominar al segundo período como el de la "contra-socialización". Aquí el joven aprende que todos los bellos pensamientos e ideas de su niñez deben ser relegados a un segundo plano, si no olvidados del todo. En las sociedades tradicionales el joven pasaba por un ritual, *un rite de passage*, mediante el cual supuestamente abandonaba su niñez y se hacía hombre. Hoy sin ningún ritual, le decimos simplemente que no sea tonto, que crezca y olvide sus ilusiones infantiles, que el mundo es falso y que paga bien ser hipócrita.

Es más, sólo con la hipocresía puede el individuo operar de una manera que le permita a la sociedad funcionar de un modo más o menos constante. La hipocresía no es simplemente funcional para la sociedad, en un momento u otro, si no es absolutamente necesaria.

Mientras hay unas personas que cogen su "contra-socialización" en serio, como los delincuentes juveniles y los criminales, la mayoría de la gente vive con un entendimiento no muy integrado de lo que es bueno y de lo que es malo; reaccionando ante unas situaciones con honestidad y ante otras con un poco de trampa. Otras personas se convierten en calculadores profesionales y dedican gran parte de su tiempo a tratar de sacarle provecho al sistema. Y otros, con una orientación más teórica, como algunos sociólogos, se convierten en cínicos.

Normalmente sólo los niños y los fervientes creyentes, quienes nunca han sido "contra-socializados", se presentan como entregados inflexiblemente a sólo un conjunto de valores. Sin embargo, hay un tercer tipo que nos interesa. Son quienes en lugar de permitir que el proceso de "contra-socialización" les socave sus valores originales se convierten *in toto* a un nuevo conjunto de creencias en sustitución de las que originalmente debía tener. Si el niño acepta sin dudar lo que sus padres le dicen, y el adulto normalmente "contra-socializado" tiene diferentes grados de creencias y dudas, las personas que sustituyen el proceso de "contra-socialización" por un proceso de "re-socialización" son más bien como un niño. Pero estas personas añoran creer lo que los padres de otros enseñan.

Los rebeldes de las universidades modernas caen probablemente en dos categorías: 1) los meramente "socializados" (fervientes creyentes que no han sido "contra-socializados") y 2) los que sustituyen la "contra-socialización" por una "re-socialización". En cuanto al primer grupo, están los jóvenes de zonas urbanas clase media baja quienes participan en la revolución estudiantil como una extensión lógica de su religiosidad cristiana. En el segundo grupo, están los jóvenes de la clase media alta que viven en una situación de post-escasez, en una sociedad post-burguesa. Los consejos de sus padres de que se contra-socialicen, que crezcan, que digan un par de mentiras, y que lleguen a tener éxito en la vida, se quedan incompletos. Siendo hijos de la afluencia, no tienen la necesidad de tener éxito; es más, ellos saben que no existe una relación entre el éxito y la felicidad. Consecuentemente, para ellos no vale la pena ser hipócritas. Cuando los padres abandonan los valores que originalmente les enseñaron a sus hijos dejan esos valores en el vacío, sin ningún respaldo. En las décadas del cincuenta y del sesenta este tipo de joven se hacía intros-

pectivo, y buscaba en el psicoanálisis y en el existencialismo nuevas creencias. Hoy, y mañana, el salto será el activismo político: libertad para Europa Oriental, justicia social para Europa Occidental, igualdad racial en los Estados Unidos, independencia para Puerto Rico, anti-imperialismo en todas partes.

En el fondo de estas revueltas específicas de los rebeldes estudiantiles está la singular revolución en contra de la hipocresía. Sus soluciones políticas todas fluyen de la "política del significado" ante una sociedad sin sentido. Se interesan por la moralidad, quieren ser auténticos, consistentes, dedicados. Quieren participación y confrontación. El enemigo número uno es la falta de sinceridad (especialmente, la falta de sinceridad de los mayores de treinta años) y el miedo principal es el de ser comprados por el sistema. No es simplemente que ellos están dispuestos a arriesgar mucho por sus creencias políticas, sino que precisamente por ser su compromiso tan peligroso, tan potencialmente costoso, tan exigente de su fidelidad es que ellos consideran sus creencias valiosas.

Aunque conscientes de la hipocresía estos estudiantes rebeldes no son "des-creyentes". Pero sus familias tampoco les han dejado algo en qué creer. De este modo están receptivos a otros sistemas de creencias. El activismo político sirve para llenar el vacío. Los frecuentes encuentros con la policía y con otros representantes del orden actúan como pruebas a la firmeza de sus creencias, cosa que sustituye a los viejos *rites des passage*. Tanto la intensidad de su compromiso con programas específicos de cambio social, como el número de seguidores que esperan tener, será mayor de lo que podría ser generado por una consideración racional y realística de los problemas y soluciones.

A pesar de que hoy día todo esto es algo muy obvio, y a pesar del hecho de que los psicólogos-sociales han hablado de dos niveles de socialización hace mucho tiempo (Freud ha hablado de aprendizaje al nivel del superyo y después al nivel del yo, Fromm y Horney por separado han hablado de un yo real y un yo social, Gerth & Mills han hablado de dos épocas de socialización, etc.) —a pesar de todo esto, muchos sociólogos siguen publicando obras basadas en concepciones lineales, concepciones unidimensionales de socialización. Tal error es hasta más frecuente en los científicos sociales no-sociólogos que tenían que aludir de vez en cuando a la sociología —como por ejemplo los científicos políticos cuando ellos hablan de socialización política.

Hace un año se ha publicado un libro muy malo sobre los estudiantes de la Universidad de Puerto Rico, un libro que sufre de este

mismo error de no entender adecuadamente los procesos de socialización. El libro se titula *The Politics of Puerto Rican University Students*, escrito por el Sr. Arthur Liebman (Latin American monograph No. 20, U. of Texas Press, 153 pp. \$6.00). El Sr. Liebman vino a Puerto Rico en los veranos de 1964 y 1965 para estudiar las actitudes políticas de los estudiantes de la Universidad de Puerto Rico. El encontró que generalmente eran urbanos, de la clase media, más Americanos que Latinos, que estaban más interesados en el pan que en el espíritu, que no eran muy intelectuales, y que políticamente estaban en el centro o en la derecha.

Se hizo el estudio en 1964-65 antes del tiempo de don Abraham Díaz González, antes de los actos violentos de 1970 y 1971, y ahora podemos añadir, antes que el Consejo Educacional Superior ha destituido al ex-presidente de la Universidad de Puerto Rico, don Jaime Benítez. Intelectualmente el libro es anémico, está lleno de errores, y por supuesto, un poco obsoleto. Pero, en el grado en que nos pueda ayudar y enfocar objetivamente la atención en lo que está pasando en el mundo universitario vale la pena discutirlo.

Según el autor, el resultado de su encuesta realizada entre 577 estudiantes demuestra que éstos son los "hijos políticos de sus padres". La mayoría de los estudiantes siguen las preferencias políticas de sus padres especialmente los que son de familias del Partido Independientista Puertorriqueño. Los que todavía viven en la casa con sus padres siguen a sus padres más que los que viven fuera de la casa de los padres. Los que creen en el deber del hijo a obedecer, estrictamente a los padres siguen más a éstos que los que no lo creen. Todo esto, supuestamente demuestra "el poder de la gerencia política" según el Sr. Liebman.

Ni el sexo ni el trasfondo de clase tiene un efecto sobre la actitud política del estudiante. En cambio, la religión sí tiene un efecto; el PIP y la izquierda en general son más atractivos a menos que la persona sea católica o muy religiosa. Los estudiantes de las facultades liberales (es decir, Humanidades, Derecho y Ciencias Sociales) son más pro-PIP y a favor de la izquierda que los estudiantes de otras facultades. Al Sr. Liebman, le habría gustado averiguar si esto se debía a selección o a socialización, es decir, si los estudiantes escogen sus facultades es porque la facultad combina bien con sus ideas políticas ya socializadas, o si aprende su política a través del adoctrinamiento de la facultad. Sus datos, sin embargo, no son suficientes para resolver el problema. Además él ha encontrado que a los estudiantes que no les gusta la vida escolar tienden a ser de la izquierda, también son más de la izquierda los que tienen las mejores notas.

Para el Sr. Liebman todo esto demuestra el efecto de *socialización*: el proceso por lo cual el individuo se conforma con el entrenamiento institucional que recibe a través de la interiorización de creencias, sentimientos, o qué sé yo, o lo que Fromm llama el "aprender a amar lo que le toca". Todas las ideas de uno vienen de afuera, interiorizadas como el resultado del entrenamiento de una institución u otra. La familia supuestamente enseña al hijo a creer como el padre. Si el resultado es contrario entonces alguna otra agencia tiene que estar haciéndolo. Cuando esto ocurre entonces el autor empieza a buscar a la otra institución, para "culparla" por la creencia de los estudiantes. Una vez que él identifica o descualifica una agencia "culpable" entonces él empieza a explicar por qué se profesan esas actitudes que él crea que le pertenecen. Algunas de sus "explicaciones" son interesantes, algunas son sin valor, pero en todo caso su análisis, por su naturaleza, no puede ir muy lejos.

Por ejemplo, el mismo autor —usando sus propios conceptos analíticos— no puede bregar adecuadamente con muchos de sus propios datos. El PIP tiene la mayor fuerza de retención (es decir, los padres que favorecen el PIP tienen la mayor proporción de hijos que siguen su misma política). También el PIP tiene la mayor fuerza de atracción (es decir, el PIP ha podido atraer la mayor proporción de estudiantes sacándolos de la política de los padres que creen diferente).

Combina esta información con el hecho de que proporcionalmente más estudiantes que pertenecen al PIP se consideran no religiosos, y uno tiene que preguntarse sobre qué está fundamentada en la ideología independentista que *cualitativamente* es diferente de las demás ideologías políticas en Puerto Rico. Claro está que Liebman y su concepto lineal de la socialización no va a poder tomar en cuenta esta diferenciación.

El capítulo sobre la FUPI, por ejemplo, no suena verídico. La intensidad del compromiso del Fupista y el aumento en sus números, no puede ser explicado ni por conceptos unidimensionales de socialización ni por conceptos de un cálculo racional. De alguna manera la fuerza del compromiso del estudiante moderno tiene que ser considerado. Uno entonces sí debe preguntarse sobre los estudiantes recién adheridos al PIP: ¿Qué es lo que han heredado de sus padres ya que no es su política?

Como he indicado antes entre los estudiantes rebeldes se encuentran dos tipos de personas de especial interés: 1) los meramente "socializados" (fervientes creyentes que no han sido "contra-socializados") y 2) los que sustituyen la "contra-socialización" por una "re-socialización" —aunque esto no quiere decir que otros estilos no

aparecen en sus rangos, como el calculador profesional que se aprovecha de las creencias de otros.

En el primer grupo, como se ha indicado anteriormente, están los jóvenes de zonas urbanas clase media baja, quienes participan en la revolución estudiantil como una extensión lógica de su religiosidad cristiana o de su moralismo cultivado en su hogar. Cabe preguntar ¿cuántos estudiantes hay de este tipo en la U.P.R.?

Cuesta mucho creer en la independencia en Puerto Rico. De hacerlo uno se arriesga a enfrentar al *establishment* y a los que podemos llamar la "mayoría silenciosa", algunos de estilo policíaco consideran que creer en la independencia es un crimen. Los independentistas entonces tienden —y tienen que— actuar como una secta. El ambiente moral de una familia independentista donde uno rechaza los beneficios de venderse, es por supuesto, más intenso que en otras familias. En parte, esto es lo que explica la fuerza de retención dentro del PIP. En este caso y en el caso de familias que aunque no son del PIP son consistentes moralmente en su profesión de la libertad y la democracia, el compromiso del estudiante con el PIP lo más probable es que represente una proyección de ideas originalmente socializadas. Es más difícil imaginar esta clase de base moral para un compromiso con los demás partidos e ideologías.

Como en el primer caso, para el segundo —cuando se sustituye la contra-socialización por una re-socialización— el costo de las creencias es tan alto que aumenta su valor. Lo más que se puede sacrificar, lo más que se puede arriesgar, lo más moral es la ideología, para la persona que la tiene. Sin entrar en la cuestión del valor racional de la ideología, uno puede reconocer que la marginalidad de la izquierda y de la ideología independentista añade algo a su valor. En parte, esto es lo que explica la fuerza de atracción del PIP y los demás grupos de jóvenes independentistas.

De entender estos procesos podemos entender algo, por ejemplo, de la tentación entre los estudiantes de presionar demasiado —incluso cuando esto puede dañar su propia causa. La dialéctica entre tácticas que producen beneficios concretos es distinta a las que prueban el compromiso de uno, obviamente, esta dialéctica es central a funcionamiento de cualquier grupo radical. En Puerto Rico, para mencionar solamente dos ejemplos, esto se ha visto en la brecha que se abriera el año pasado en el Movimiento Pro-Independencia, y también en la facilidad con que individuos enviados por el gobierno pueden infiltrarse en ese movimiento.

Como yo lo veo, éstas son las dimensiones de la política estudiantil que uno tiene que tratar de entender —no simplemente en

Puerto Rico sino en el mundo moderno en general. Le toca a la sociología hacerlo —no simplemente con estudiantes, sino con relación a todo el problema de crecer en la sociedad moderna. La crisis, si se quiere llamarla así, del mundo contemporáneo, es de gran compromiso. Estamos ya muy lejos de la llamada época de ansiedad. La reacción ante los jóvenes "sobre" comprometidos será lo que defina los caminos hacia el cambio social. Si el mundo que ha de resultar de esto va a ser agradable o no, no se puede decir —todo lo que sabemos es que va a ser bastante diferente.